

Manuel Gamio

Las patrias y las nacionalidades de la América Latina*¹

Exceptuando muy pocos países latinoamericanos, en los demás no se observan las características inherentes a la nacionalidad definida e integrada, ni hay concepto único ni sentimiento unánime de lo que es la Patria. Existen pequeñas patrias y nacionalismos locales.

Se hace palpable la veracidad de tales afirmaciones durante los congresos periódicos que reúnen a representantes de dichos países: el 2o. Congreso Científico Panamericano y el XIX Congreso de Americanistas, efectuados en Washington en diciembre y en enero últimos, ofrecieron a este respecto interesantes [pruebas] y amplísimo campo de observación: en efecto, se notó que, en conjunto, las delegaciones asistentes a ambos congresos eran representantes en raza, idioma y cultura de no más que un 25% de las poblaciones de sus respectivos países: representaban el idioma español y el portugués y la raza y la civilización de origen europeo. El 75% restante: los hombres de raza indígena, de lengua indígena, de civilización indígena, no fueron representados. Apenas si se les mencionó con criterio etnológico, como objeto de especulaciones científicas de escaso número de investigadores, pudiéndose decir que para el llamado mundo civilizado en general, pasa inadvertida la existencia de esos setenta y cinco millones de americanos ya que se desconocen los idiomas que hablan, se ignoran las características de su naturaleza física y no se sabe cuáles son sus ideas éticas, estéticas y religiosas, sus hábitos y costumbres.

Ahora bien. ¿Pueden considerarse como patrias y naciones, países en los que los dos grandes elementos que constituyen a la población difieren fundamentalmente en todos sus aspectos y se ignoran entre sí?

Para ampliar los citados conceptos y las conclusiones emitidas, recordemos en qué consisten las características de la nacionalidad y las condiciones inherentes al concepto de patria.

PATRIAS Y NACIONALIDADES

Observando a los países que gozan de nacionalidad definida e integrada (Alemania, Francia, Japón, etcétera, etcétera), se encuentran en ellos las siguientes condiciones: 1o. Unidad étnica en la mayoría de la población, es decir, que sus individuos pertenecen a la misma raza o a tipos étnicos muy cercanos entre sí. 2o. Esa mayoría posee y usa un idioma común, sin perjuicio de poder contar con otros idiomas o dialectos secundarios. 3o. Los diversos elementos, clases o grupos sociales ostentan manifestaciones culturales del mismo carácter esencial por más que difieren en aspecto e intensidad de acuerdo con las especiales condiciones económicas y de desarrollo físico e intelectual de dichos grupos. En otros términos, con variación en cuanto a forma, la mayoría de la población

1* Manuel Gamio, *Forjando Patria*, México, 1916, cap. II

tiene iguales ideas, sentimientos y expresiones del concepto estético, del moral, del religioso y del político. La habitación, la alimentación, el vestido, las costumbres en general, son las mismas, con la diferenciación más o menos aparente que imprime el mayor o menor bienestar económico de las respectivas clases sociales. Por último, el recuerdo del pasado, con todas sus glorias y todas sus lágrimas, lo atesoran los corazones como una reliquia: la tradición nacional, ese pedestal arcaico donde se yergue la Patria, vive palpitante y vigorosa en hombres, mujeres y niños, en sabios e ignaros, en los hijos de la gleba y en los petimetres refinados, en los altos cultores del Arte y en pobrecillos rapsodas de aldea. Y esa tradición hace el milagro de transmutarse en mil aspectos conservando siempre su unidad y su carácter típico.

Los alemanes, los franceses, los japoneses, los que poseen verdadera nacionalidad, son hijos de una gran familia. Al viajar por sus países encontrarán en hombres, mujeres y niños verdaderos hermanos, porque de ellos se levanta el grito solemne de la misma sangre, de la misma carne, ese grito que está por encima de todo, pues es la voz de la vida, la fuerza misteriosa que agrupa a la materia y se opone a su desintegración. En las almas de todas esas gentes hallará los mismos mirajes en que se recrea la suya. De los labios brotarán añejas como vino generoso o remozadas y alígeras las palabras de un mismo idioma, del idioma de todos. Cuando así se vive se tiene Patria.

Veamos si los países que se extienden del Bravo a Magallanes constituyen patrias y nacionalidades a la manera de las que arriba dejamos descritas. Como las características y condiciones generales de casi todos los países latinoamericanos son análogas, cuando no idénticas, entre sí, nos referiremos a México como país representativo de los demás.

MÉXICO PAÍS REPRESENTATIVO DE LA AMÉRICA LATINA

Antes de señalar y considerar en sí mismas a las pequeñas patrias que existen en México, analicemos las causas primordiales que explican su origen:

La raza, el idioma y la civilización. ¿Ocho o diez millones de individuos de raza, de idioma y de cultura o civilización indígenas, pueden abrigar los mismos ideales y aspiraciones, tender a idénticos fines, rendir culto a la misma patria y atesorar iguales manifestaciones nacionalistas, que los seis o cuatro millones de seres de origen europeo, que habitan en un mismo territorio pero hablan distinto idioma, pertenecen a otra raza y viven y piensan de acuerdo con las enseñanzas de una cultura o civilización que difiere grandemente de la de aquéllos, desde cualquier punto de vista?

Creemos que no, y hasta hallamos cierta analogía entre esa situación y la de las exrepúblicas sudafricanas, países en los que la nacionalidad estuvo siempre representada por la población de origen europeo, quedando relegados los indígenas a la servidumbre y a la pasividad. En las demás colonias europeas de África sucede también que el hombre europeo, la civilización europea, sofocan y acabarán por extinguir a la vida indígena y sus manifestaciones.

La separación, la divergencia de esos dos grandes grupos sociales existió no sólo durante la Conquista y la Época Colonial, sino que se hizo más honda en los tiempos contemporáneos, pues la Independencia, hay que decirlo de una vez sin reservas hipócritas, fue hecha por el grupo de tendencias y orígenes europeos y trajo para él libertades y progreso material e intelectual, dejando abandonado a su destino al grupo

indígena, no obstante que es el más numeroso y el que atesora quizá mayores energías y resistencias biológicas a cambio de su estacionamiento cultural. A primera vista la situación se antoja pavorosa según la hemos expuesto y los enfermos de "miopía sociológica" trasluzcan tal vez entre líneas, el vaticinio de una espantosa guerra de castas en la que probablemente no tocaría la mejor parte a la población de origen europeo. Tales temores serían injustificados, pues bien sabido es que la población indígena se presenta hoy como lo estaba en la Conquista, dividida en agrupaciones más o menos numerosas, que si constituyen pequeñas patrias por el lazo común de la raza, el idioma y la cultura, en cambio por sus mutuas rivalidades y recíproca indiferencia, hicieron más fácil su conquista durante el siglo XVI y causaron su estancamiento cultural en la época de la Colonia y en nuestros días.

El problema no está, pues, en evitar una ilusoria agresividad conjunta de tales agrupaciones indígenas, sino en encauzar sus poderosas energías hoy dispersas, atrayendo a sus individuos hacia el otro grupo social que siempre han considerado como enemigo, incorporándolos, fundiéndolos con él, tendiendo, en fin, a hacer coherente y homogénea la raza nacional, unificando el idioma y convergente la cultura.

La cuestión geográfica. Pudiera deducirse de lo expuesto hasta aquí, que descontando a la población indígena, el resto, o sean los habitantes de raza, idioma y cultura originalmente europeos, constituyen una patria y forman una nacionalidad. Esta hipótesis es insustentable, pues aparte de los factores antropológicos discutidos antes, el geográfico reviste una gran importancia: la causa primordial por la que México perdió el territorio que hoy está en poder de los Estados Unidos, consistió en el alejamiento geográfico del mismo con respecto al resto del país lo que trajo consigo divergencia y luego antagonismo en ideas nacionalistas. En el Chiapas de hace veinte años, antes de la construcción del Ferrocarril Panamericano, la población de raza blanca tendía más al sentimiento de nacionalidad centroamericana que al de la mexicana: usos, costumbres, relaciones comerciales, cultura intelectual, casi todo, llegaba con el visto bueno de aquellas regiones, principalmente de Guatemala. Los habitantes de la Baja California, particularmente los de la parte Norte ¿pueden tener el mismo concepto patriótico, que los que vivimos en el resto del país? ¿No es desolador el aislamiento en que vegetan? ¿No se ven obligados a cruzar tierra extranjera antes de pisar la región continental de su propia patria? ¿Qué sello presentan allí el comercio, la intelectualidad, la indumentaria, las actividades todas del vivir? Absolutamente exótico, ayankado, hay que confesarlo.

El aspecto económico. Para que una familia viva armónicamente unida, es indispensable que todos sus miembros disfruten de los elementos económicos que, de acuerdo con su condición, edad y temperamento, pueden suministrarles bienestar físico e intelectual. Pues bien, para que una agrupación de familias forme un todo armónico, constituya una nacionalidad, precisa que todas ellas gocen de bienestar proporcional, el cual sólo puede obtenerse merced a una situación económica equilibrada. Si, como siempre sucedió en México, unas cuantas familias vivieron en la abundancia y otras, las más, sufrían el tormento del hambre, de la desnudez, del abandono intelectual, claro es que de su unión artificial no pudo resultar un conjunto armónico, no pudo surgir una nacionalidad, pues en todos los tiempos y en todos los países, por encima de toda idea de patria y de nacionalidad, ha estado la de la propia conservación.

El sistema político. Se dice que el sistema de gobierno que generalmente ha regido a México independiente fue el democrático representativo, pero en realidad no sucede así

porque las clases indígenas han sido forzadas a vivir bajo el gobierno de leyes que no se derivan de sus necesidades sino de las de la población de origen europeo, que son muy distintas.

LAS PEQUEÑAS PATRIAS MEXICANAS

Basta con que un individuo de la capital —foco característico del idioma, de la raza y de la cultura de origen europeo— se dirija a Yucatán, Quintana Roo, parte de Chiapas, riberas del Yaqui, territorio Huichol y muchas otras regiones, para que se encuentre en ambiente extraño, más muchas veces que lo que hallaría en algunos países europeos, principalmente España: idioma, aspecto físico, usos, costumbres, ideales, aspiraciones, esperanzas, placeres, todo es diferente.

Las pequeñas patrias pueden dividirse en dos grupos: aquellas cuya población es exclusivamente indígena y otras en cuya población se observa la fusión armónica de la raza indígena y de la raza de origen europeo.

Las patrias de población indígena. Pueden mencionarse, entre otras, las ya citadas antes: Maya, Yaqui, Huichol. Estas agrupaciones que poseen un nacionalismo claramente definido y caracterizado por sus respectivas lenguas, manifestaciones culturales y naturaleza física, son y han sido siempre desconocidas por las agrupaciones de origen europeo, exceptuándose contadísimos antropólogos mexicanos y algunos extranjeros. Este desconocimiento es crimen imperdonable contra la nacionalidad mexicana, pues sin conocer las características y las necesidades de aquellas agrupaciones es imposible procurar su acercamiento y su incorporación a la población nacional.

Yucatán, tipo de patrias de población mezclada. Hace pocos meses, después de haber recorrido ese estado, viví en Mérida y en cierta ocasión en que almorzaba en céntrico restaurant, me ocurrió pedir una botella de cerveza. — ¿Extranjera o nacional? —se me preguntó—. Extranjera, contesté, imaginando que se me serviría cerveza alemana o americana. Pocos instantes después se presentó el criado trayendo en flamante charola una cerveza XX de Orizaba. — ¡He dicho extranjera!— exclamé un tanto amostazado; el moreno fámulo me miró ingenuamente sorprendido y replicó: —Es la única extranjera que tenemos; si desea usted nacional, traeré yucateca.

Nacionalista en extremo y en ocasiones como ésa "patriotero" hasta la agresividad, no pude menos que endilgar a mi absorto interlocutor dos o tres conceptos geográfico-políticos sobre Yucatán y México y cuatro o cinco sobre la escasez de sentido de que parecía adolecer. Para vergüenza de mi amor propio metropolitano, aquel pobre mesero me dijo y me explicó tantas y tan justificadas razones, que a fin de cuentas comprendí, por más que no aprobé, que a la cerveza de Orizaba la titulen en Yucatán extranjera.

Expuesta esta digresión que no deja de ser significativa, haré ver por qué Yucatán es una de nuestras pequeñas patrias y posee concepto nacionalista. En lo que se es territorio yucateco, la raza indígena conquistada y la española invasora han llegado a mezclarse más armónica y profusamente que en ninguna otra región de la República. Se nos dirá que también existen indios e individuos de sangre original europea; sin embargo, una mayoría social que autoriza la generalización, es de raza mezclada y tan esto es así, que aun cuando un yucateco no exprese el lugar de su procedencia, con sólo

contemplantarlo y oír su voz se deduce ésta. En efecto, el pronunciado braquicefalismo del cráneo y la fonética peculiar a su pronunciación, proclaman a voces el origen yucateco. Pues bien, esta homogeneidad racial, esta unificación del tipo físico, esta avanzada y feliz fusión de razas, constituye la primera y más sólida base de nacionalismo.

Examinemos ahora el idioma que es el siguiente factor nacionalista: puede asegurarse que en Yucatán la inmensa mayoría de la población rural y foránea hablan el idioma maya y la mayoría urbana habla el español, lo que significa que todos los habitantes del estado pueden comunicarse entre sí por medio de uno u otro idioma. Esto no sucede en ninguna otra región de la República.

En cuanto a costumbres, se notan convergencias que aunque parezcan banales son expresión de nacionalismo: todos los yucatecos, desde el encumbrado henequenero hasta el humilde cortador de esta fibra, visten el mismo traje blanco y el mismo sombrero de paja, prendas que sólo se diferencian por su calidad, no pudiéndose afirmar que eso sea exclusivamente debido al clima, pues en regiones de la República quizá más cálidas no se nota esa uniformidad de indumentaria. Lo mismo se puede decir de la hamaca que es el lecho usado por todos en la península. Hay también regionalismo pronunciado en la música y en el baile. El aseo, la ablución diaria, constituyen característica inherente a toda la población, no obstante la escasez de agua. Por último, sorpréndanse quienes no lo saben, se ha compuesto y se toca, cuando hay ocasión para ello, un "himno nacional yucateco".

Comulgan las diversas clases sociales yucatecas en un firme criterio antiextranjero que es sensato y admisible pues no llega a la hostilidad y al agresivismo, reduciéndose a la competencia: Yucatán es uno de los estados donde menos extranjeros residen, lo que explica que el capital, las industrias, la agricultura, las vías de comunicación, etcétera, sean netamente nacionales.

El aislamiento de Yucatán coadyuva eficazmente al desarrollo de su nacionalismo: limítanlo las aguas del golfo en gran extensión; por el sur las regiones inexploradas de Quintana Roo. Sólo tiene comunicación con la República y países extranjeros por dos o tres de sus puertos, puertos detestables por cierto, y hasta el S. O. por el ferrocarril que comunica con Campeche.

Examinemos ahora las relaciones que han existido entre Yucatán y el resto de la República: de México a Yucatán solamente se dirigían antes de la Revolución, gente de teatro pornográfico, gente de tropa, gente de presidio, trabajadores forzados y gentes que a título de empleados federales iban a redondear el vientre atropellando a todo hijo de vecino en lo que más duele, que dicen es el bolsillo. ¿Cuándo se vio en Yucatán la flor de los capitalistas mexicanos, de los profesionistas, de los artistas? ¡Nunca! Se consideró al rico estado como a la gallina de los huevos de oro, sin darle en cambio simpatías, ayuda material e intelectual, amor de hermanos y de compatriotas. ¿Se explica ya por qué los yucatecos constituyen una pequeña patria y han abrigado siempre legítimo concepto de nacionalidad?

NUESTRA CULTURA INTELECTUAL*

* *Forjando patria*, México, 1916, cap. XXI

Nuestras manifestaciones de cultura son y han sido tradicionalmente raquílicas, sobre todo en lo relativo a Bellas Artes y a Ciencias Sociales.

Esa deficiencia se debe a dos causas principales: la primera consiste en la *heterogeneidad étnica* de la población, que trae consigo la no existencia de un ambiente verdaderamente nacional que inspire una producción intelectual armónica y definida. La segunda se debe al *intelectualismo feudal*, que ha seguido siempre entre nosotros una marcha paralela a la del exclusivismo gubernamental.

Analicemos estas dos causas de nuestro estancamiento intelectual.

HETEROGENEIDAD ÉTNICA

La población de México está formada por tres clases o grupos, cada uno de los cuales aparece claramente definido por sus características étnicas, sociales y culturales.

El primer grupo está constituido, *étnicamente*, por individuos de raza pura indígena y por aquellos en los que domina la sangre indígena. Desde el punto de vista *social* — jerárquico podría también decirse— estos individuos han sido siempre los siervos, los parias, los desheredados, los oprimidos. Su esclavitud ha durado desde que Hernán Cortés puso su bota ferrada en la Nueva España, hasta 1910, cuando la revolución dijo al indio que abandonara su letargo y comenzara a vivir. El indio, sin embargo, no es quien ha hecho la revolución, no obstante que sus más hondas raíces germinaron y germinan todavía en la raza indígena, lo que es natural, por ser ésta el agregado social que más "comprimido" estuvo y por lo tanto, más dispuesto a explotar conforme a leyes dinámicas impuestas a las sociedades como a la materia.

¿Por qué, pues, si la población indígena es la más numerosa, la que más energías físicas posee y la que mayor esclavitud resintió, los movimientos revolucionarios nunca tomaron cuerpo ni estallaron en su seno, por más que en ella encuentre su origen primordial? La explicación es muy clara: el indio, que siempre ha estado destinado a sufrir, siempre también estuvo dispuesto a vengar las vejaciones, los despojos y los agravios, a costa de su vida, pero desgraciadamente no sabe, no conoce los medios apropiados para alcanzar su liberación, le han faltado dotes directivas, las cuales sólo se obtienen merced a la posesión de conocimientos científicos y de conveniente orientación de manifestaciones culturales. En efecto, las sublevaciones indígenas durante la época Colonial, fracasaron principalmente por causa de dirección; la Revolución independentista se hizo materialmente con sangre india, pero fue concebida y desarrollada por cerebros que no eran indios; la Reforma se efectuó de idéntica manera, pues el caso de Juárez y otros análogos, constituyen excepciones que confirman nuestro postulado. La Revolución de 1910 nos permite examinar más de cerca la cuestión: dos clases sociales, dos razas, contribuyeron principalmente al triunfo. En el Norte predominaba el elemento de sangre mezclada (raza intermedia a la que nos referiremos más adelante), en tanto que en el Sur, la raza indígena formaba la mayoría rebelde. El valor, la energía, la justicia de aspiraciones, todo era semejante en los dos grupos, y, sin embargo, el del Norte fue quien, en resumen, preparó, desarrolló la Revolución y consumó el triunfo, por más que los del Sur hayan derramado tanta o más sangre que aquéllos.

¿Por qué no sabe el indio pensar, dirigir, hacer sus revoluciones triunfantes, formando, como forma, la mayoría de la población, siendo sus energías físicas tal vez superiores y poseyendo aptitudes intelectuales comparables a las de cualquier raza del mundo?

Eso se debe al modo de ser, al estado evolutivo de nuestra civilización indígena, a la etapa intelectual en que están estacionados sus individuos. Veamos qué estado guarda la civilización de este *primer grupo*, es decir, analicemos la cultura, el bagaje intelectual de la raza indígena. Examinando las creencias religiosas del indio, sus tendencias artísticas, sus actividades industriales, sus costumbres domésticas y sus modalidades éticas; considerando todo esto, experimental y sistemáticamente, con criterio etnológico, podrá verse que el indio conserva vigorosas sus aptitudes mentales, pero vive con un retraso de 400 años, pues sus manifestaciones intelectuales no son más que una continuación de las que desarrollaban en tiempos prehispánicos, sólo que reformadas por la fuerza de las circunstancias y del medio. Sucede naturalmente que, por brillante, por asombrosamente desarrollada que haya sido, para su tiempo, la civilización prehispánica, hoy sus manifestaciones resultan anacrónicas e inapropiadas, poco prácticas: hay indígenas que conocen hasta sorprendemos el curso del Sol, de la Luna y de otros astros; en tiempos precolombinos, estos individuos serían respetables sacerdotes-astrólogos, pero actualmente, parecen ridículos si se les instala en el Observatorio Astronómico. Los "yerberos", indios que poseen los secretos de una extensa farmacopea vegetal, habrían pasado entonces, con toda justicia, como notabilidades médicas, en tanto que hoy nuestro cuerpo médico los desdeña y los acusa como empíricos envenenadores. Los interesantísimos fabulistas indios, los que relatan las aventuras del coyote, de la serpiente, del nahual, de la Luna y del Sol, de los bosques y los lagos, pudieran haber sido insignes literatos de la corte azteca, mientras que hoy apenas si el folklorista les dedica todo el interés que merecen. Hay algo sin embargo, con respecto a lo cual el conocimiento durante el pasado prehispánico está a la altura del contemporáneo: nos referimos a los fenómenos psíquicos, magnetismo, sugestión, telepatía, etcétera, etcétera. En efecto, bien conocidos son los "brujos" indios, individuos que debieran ser dignos del detenido estudio por parte de nuestros etnólogos y psicólogos; el brujo evoca —o cuando menos dice que lo hace así— a los espíritus, particularmente a los de los asesinados, induciéndolos para que aparezcan ante sus asesinos, siendo entonces muy fácil, según él, descubrir a estos últimos; hace amantes a los tornadizos, procura desazones, enfermedades, miserias, y aun la muerte a los enemigos, efectuando en un maniquí todas las ofensas dedicadas a aquéllos. Las complicadas ceremonias empleadas por el brujo, ocultan en el fondo un conjunto de acciones y reacciones, de energías desconocidas, ni más ni menos que lo que sucede en el magnetismo, en la telepatía, en el hipnotismo. Los sabios de hoy, brujos contemporáneos, proceden con igual empirismo en estos asuntos que los brujos indios, que serían los sabios de la época prehispánica.

El indio continúa, repetimos, cultivando la cultura prehispánica más o menos reformada y continuará así mientras no se procure gradual, lógica y sensatamente, incorporarlo a la civilización contemporánea. Se ha pretendido hacer esto inculcándole ideales religiosos, vistiéndolo y enseñándole el alfabeto, de igual manera que si se tratara de individuos de nuestras otras clases. Naturalmente que ese baño civilizador no pasó de la epidermis, quedando el cuerpo y el alma del indio como eran antes, prehispánicos. Para incorporar al indio no pretendamos "europeizarlo" de golpe; por el contrario, "indianicémonos" nosotros un tanto, para presentarle, ya diluida con la suya, nuestra civilización, que entonces no encontrará exótica, cruel, amarga e

incomprensible. Naturalmente que no debe exagerarse a un extremo ridículo el acercamiento al indio.

Resumiendo lo anteriormente expuesto, puede concluirse que el indio posee una civilización propia, la cual, por más atractivos que presente y por más alto que sea el grado evolutivo que haya alcanzado, está retrasada con respecto a la civilización contemporánea, ya que ésta, por ser en parte de carácter científico, conduce actualmente a mejores resultados prácticos, contribuyendo con mayor eficacia a producir bienestar material e intelectual, tendencia principal de las actividades humanas.

El segundo grupo de población a que antes nos referimos, está compuesto por individuos de sangre mezclada, incluyendo aquellos en los que predomina la sangre de origen europeo, particularmente la española, que ha sido siempre la fuente de nuestro mestizaje. Esto desde el punto de vista *étnico*.

Socialmente, esta clase ha sido la eterna rebelde, la enemiga tradicional de la clase de sangre pura o extranjera, la autora y directora de los motines y revoluciones, la que mejor ha comprendido los lamentos muy justos de la clase indígena y aprovechando sus poderosas energías latentes, las cuales usó siempre como palanca para contener las opresiones del Poder.

En cuanto a la *cultura intelectual*, de esta clase, que se ha dado en llamar "clase media", podemos asegurar, sin temor a incurrir en exageraciones, que es la única que ha producido o produce intelectualmente. Desgraciadamente, esta producción se hace de acuerdo con orientaciones poco nacionalistas. En efecto, desde la época Colonial, los españoles tendieron a imponer el criterio intelectual europeo y en particular, el español. La clase media quedó entonces en una terrible disyuntiva: por un lado, pesaba sobre ella, enormemente, el criterio cultural de la clase indígena, que, como antes dijimos, ha continuado cultivando la civilización prehispánica. Por otra parte, influía en dicha clase, el citado criterio exótico, importado e impuesto por los dominadores hispanos. El ambiente físico-biológico-social, que, en último análisis, es el origen de las manifestaciones intelectuales y materiales de los pueblos, impelió siempre a esta clase a adoptar el criterio de la clase indígena y a repeler el europeo, lo que es explicable si se considera que en México la mayoría de individuos, así como la orografía del terreno, la alimentación, la población animal, la flora, los antecedentes históricos, etcétera, etcétera, eran y son diferentes a los del viejo continente. Por otra parte, la civilización indígena, además de ser retrasada con relación a la occidental, no estaba sistematizada, no formaba escuela, la guardaban y cultivaban las masas, no tenía vulgarizadores profesionales, se le dejaba propagarse espontáneamente. En cambio, la cultura europea, además de presentar un grado evolutivo más avanzado, era difundida metódica y científicamente, si cabe la expresión y si se consideran la época y las circunstancias.

De esta pugna nació algo que pudiera llamarse "cisma cultural": una gran parte de la clase media, que sentía más el ambiente en que se desarrollaba y los antecedentes históricos que la acercaban a la clase indígena, adoptó una cultura intermedia que ni es la indígena, ni tampoco la occidental. Citaremos algunas manifestaciones de esta cultura: la música del pueblo, la que Ponce, en nobilísimo esfuerzo, se esmera en dar a conocer, no es la música indígena, ni es la música europea; es algo intermedio, cuya técnica, cuya parte mecánica es occidental, pero que en carácter y en sentimiento, evoca fuertemente el alma indígena. Nuestros escultores que en Guadalajara, en México y en

otros lugares hacen estatuillas de barro y cera o vasijas típicamente decoradas, son los verdaderos escultores nacionales, por más que el vulgo considere tontamente su obra como curiosa chuchería. Las decoraciones que se usan en la industria de la laca, de la loza, en la indumentaria y en otras mil cosas, son las legítimas decoraciones mexicanas, fueron inspiradas por nuestro cielo, por nuestro suelo, por nuestras flores, por nuestros animales y hasta por las antiguas concepciones religiosas politeístas de los indios prehispánicos. Pudiera irse otro tanto de la literatura, la arquitectura y aun del especialísimo carácter que las ideas religiosas presentan en esta clase. La "cultura intermedia" se originó a raíz de la conquista, siendo necesario, para comprender perfectamente lo que aquí decimos, examinar, entre otras manifestaciones, la obra artística de transición del siglo XVI. Esta cultura intermedia, como la de la clase indígena, se desarrolla sin principios, método ni facilidades, siendo natural que ofrezca deficiencias y hasta deformidades frecuentes, como todo aquello que tiene que florecer venciendo obstáculos. Ésta es, sin embargo, la cultura nacional, la del porvenir, la que acabará por imponerse cuando la población, siendo étnicamente homogénea, la sienta y comprenda. No hay que olvidar que esta cultura es la resultante de la europea y de la indígena, o prehispánica reformada. Quien conozca el origen, la evolución y el estado actual de la cultura japonesa, encontrará justificado cuanto hemos dicho sobre nuestra "cultura intermedia".

Los "cismáticos", como les llamamos antes, forman la minoría de la clase media. Son los que rechazaron de golpe la cultura indígena y abrazaron la occidental. Es indispensable examinarlos detenidamente: los pintores copian a Murillo, a Rubens, a Zuloaga, o lo que es peor, pintan asuntos relativos a Francia, a España, a Italia, a China, si se quiere, pero casi nunca a México. Los escultores esculpen el Olimpo griego y desdeñan inspirarse en lo mexicano. Claro es que, cuando se exhiben tales obras la mayoría queda en ayunas, porque no contempla algo suyo, algo que esté en su vida, en su ambiente, en su alma. Hay todavía una labor artística más criticable: personas identificadas con el criterio estético europeo intentan producir obra artística valiéndose de motivos o elementos indígenas actuales y prehispánicos, sin conocer el espíritu que les dio origen, sin poseer antecedentes artísticos ni históricos referentes a sus creadores, dando todo esto por resultado, una obra artística híbrida, que nace de ideas europeas y presenta formas americanas.

Los arquitectos construyen habitaciones fielmente copiadas de las norteamericanas, alemanas, holandesas, etcétera, etcétera (con témplense las nuevas colonias), que, si son apropiadas para países fríos, nublados, cubiertos de nieve, en México resultan exóticas, incómodas, tontamente elegidas.

Entre los "cismáticos" contamos con sociólogos y psicólogos de empuje, pero ¡oh desengaño! estos señores que han leído desde Spencer y James hasta lo que nos llega en el último vapor, y que conocen al dedillo los problemas sociales de Alemania y Francia, y aun del Turquestán o la psicología de los neozelandeses, no conocen o no quieren conocer o aparentan no conocer, nada de nuestra sociología y nuestra psicología, puesto que, con contadísimas excepciones, nada se investiga ni se publica sobre nuestra población y nuestro medio. Aquí sucede como en las cuestiones de arte: cuando el sociólogo o el psicólogo intentan el estudio de nuestro medio, los prejuicios los asaltan a cada paso, y si deducen leyes y exponen conclusiones, éstas podrán ser aplicables a cualquier país, menos al nuestro; resultado lógico, ya que no han descendido hasta palpar al pueblo y asomarse a su alma, sino lo han contemplado desde lejos, desde su

gabinete, a través de los autores extranjeros a quienes acatan y aceptan dogmáticamente.

En buena hora que se acepten de la civilización europea los medios, la metodología, el "cómo se hacen las cosas", pero no se quiera que nuestra materia prima social tenga iguales moléculas y las mismas propiedades que la europea; no se pretenda que en un molde se vacíen los dos, ni que a la misma meta se dirijan sus derroteros.

Esa "cultura cismática" no es, ni será nunca la nacional, ni tampoco es la occidental, pues para poseer determinada cultura, es indispensable vivir en el ambiente en que se ha originado y desarrollado ésta. La "cultura cismática" es patrimonio de pedantes y de imbéciles.

El tercer grupo que integra nuestra población, está constituido *étnicamente* por individuos descendientes inmediatos o lejanos de extranjeros establecidos en el país, cuya sangre se ha mezclado muy poco con la de la clase media y nada con la indígena.

Socialmente, comprende a la aristocracia, cuyos individuos cuando son ricos, forman una masonería medieval de pendón y caldera, y cuando son pobres, triste es decirlo pero verídico, constituyen un hampa de vergonzantes inútiles.

Esta clase, en general, no posee cultura intelectual, por más que desde el punto de vista material viva en ambiente copiado del europeo.

¿Puede existir verdadera producción intelectual en un país en el que las tendencias culturales son anacrónicas, heterogéneas y divergentes? Creemos que no.

EL INTELECTUALISMO FEUDAL

Pasando por alto los obstáculos hasta aquí expuestos, de carácter étnico, consideremos la cuestión desde otro punto de vista.

Frecuentemente se critica el cacicazgo de los gobernantes, de los terratenientes, de los capitalistas, pero nunca se menciona ni se flagela el cacicazgo intelectual. Sin embargo, esta plaga nacional es bien conocida; basta que un individuo alcance —legítima o fraudulentamente— patente de intelectual, para que tome dos providencias: la primera consiste en estacionarse en el grado o etapa de intelectualismo en el que lo sorprendió la consagración del público, ya sea esta consagración verdadera, o bien fruto de autosugestión. El consagrado ya no estudiará más, no admitirá ideas ni orientaciones nuevas, detestará el continuo avanzar de la ciencia, solamente pontificará. Semejante error es sensible, pero no de muy grande trascendencia, pues al fin y al cabo, cada cual es dueño de seguir cultivando su intelecto o de esconder la cabeza bajo el ala, como el avestruz. Mas sucede que el consagrado —ya sea por méritos reales o por farsantería— toma como segunda providencia la de contener, sofocar, y aniquilar, si es posible, a todos aquellos que se atreven a entrar en "su campo", es decir, a abordar los estudios que él monopoliza.

En los buenos tiempos del general Díaz había dos o tres historiadores consagrados, de cámara, podrían llamarse, sucediendo lo mismo con sociólogos, psicólogos, arqueólogos, pintores, etcétera, etcétera.

Los jóvenes, los que traían nuevas luces y nuevos derroteros, los que habían abrevado la Verdad novísimamente depurada, eran repudiados, se procuraba desorientarlos, y si persistían, se les condenaba al ostracismo intelectual, cerrándoles las puertas de ingreso al campo de las ideas y si era menestar, restándoles medios de vida.

Cuando cayó el general Díaz, se derrumbaron muchos de esos pontífices de trapo, y han seguido derrumbándose, y hoy que los contemplamos grotescamente desenmascarados, nos admira que por tanto tiempo pudieran haber sostenido inicua tiranía intelectual.

La heterogeneidad étnica persistirá largo tiempo, como obstáculo para nuestra producción intelectual. En cambio, el intelectualismo feudal, el cacicazgo de las ideas, está desapareciendo y debe desaparecer en lo absoluto.